

cion, de donde formar los inestimables caudales de su grandeza verdadera, las bibliotecas en fin; los Egipcios fueron los primeros que las poseyeron: los primeros por tanto, que pusieron la muralla indestructible á la ignorancia: de allí, el sincero amor á su patria, la equidad de sus leyes, la obligacion forzosa de cumplirlas desde el grande hasta el pequeño, el adelanto de sus artes, el fomento de sus comercios, la proteccion á la agricultura y para decirlo todo, el noble y constante empeño en formar al hombre.

Con razon la historia los llama grandes, con razon en sus preciosos anales llevan un lugar tan distinguido! Nosotros tambien los llamaremos inmortales, diremos asi mismo, que justamente la divina Sabiduria, á cuyo templo hemos entrado, orlaba sus sienas, no con el laurel ni la oliva que mueren; sino con aquellas perennas letras de oro en que nos enseñó „las ciencias son la grandeza verdadera de los hombres” ¡Grandes fueron los Egipcios, publicando asi los literatos del mundo y grandes fueron por sus ciencias! ellos vivirán siempre, y vivirán siendo un objeto de admiracion y aprecio.

Persuadida la Grecia de estas verdades ¿quien lo duda? procuró ser discipula de aquella nacion ilustrada, quiso, y consiguió aquel distintivo, aquella preséa, que no pueden destruir los ejércitos, ni el tiempo ni la muerte. La ilustracion, que con justicia le ha dado el renombre de sabia.

Canta aquel Griego sin vista, y del Oriente al Ocaso, del Septentrion al medio dia. . . el planeta todo que pisamos se commueve al oír las obras divinas de aquel soberano ingenio, tributanle loores, erigenle estatuas, insculpen su imágen en la plata y en el oro y por todas partes se vé á Homero inmortal y grande.

Tales, Platon, Piteas, Hiparco y tantos otros, haciendo de su gabinete un cielo y versandose con los astros, enseñan la dimencion de sus masas ponderozas, el reglado movimiento con que giran en dependencia recíproca, descubren la escacés de estrellas cerca del polo, encuentran la medida exacta del diámetro de la luna, que comparan con el de la tierra, determinan la distancia en los trópicos, establecen el dia astronómico y en fin, recorrida por ellos la celeste bobeda, dan por fruto de su glorioso empeño, la brillante y lucida astronomía; pero no solo esto.

Conocidos ya esos preciosos fenómenos ignorados de los hombres, desde el primer dia del Universo, á la noble ambicion literaria le era forzoso saber igualmente, qué partes, qué longitudes, qué puntos tenia la tierra, qué distancias habia de un termino á otro: pero

los Posidonios los Polibios, y los reformadores de estos, dieron ya con la exactitud posible, el conocimiento de la España, de la Asia, de la Africa, de la América, la descripcion del inmenso mundo en una tira pequeña de papel. De suerte que los cielos y la tierra, que eran hasta entonces desconocidos, no lo son ya y forman desde esa época, un objeto de estudio y de diversion científica, un motivo justo, una causa suficiente para tributar el respeto y gratitud debida, á esos hombres inmortales.

Inquirida y conocida ya la estructura de los cielos y la del órbe en que vivimos, estudiando la naturaleza, buscan tambien la del hombre y en efecto lo anatomizan; pero que mucho! si hasta las pequeñasisimas partes, constitutivas de las flores y los delicados filamentos de sus tallos, sujetan á su análisis profundo? Asi fué Señores, y he aquí el feliz resultado, la Anatomia, la Botanica, la Medicina. ¿Y habrá la gratitud de las naciones perpetuado con justicia la memoria de estos maestros tan ilustres?

No os turbe en vuestro descanso este afectuoso y merecido recuerdo, ni á vuestro mérito ofendan mis humildes encomios, ilustres venerandos manes, de vosotros ¡o Griegos! que á tantos hombres enseñasteis para que engrandeciesen sus pueblos, transmitiéndoles la grandeza misma! No, no necesitais de mis tributos, ni de mi descompuesta y desaliñada alabanza, para que esos pueblos cultivados con vuestras ciencias, atribuyan á vosotros el esplendor y gloria que han merecido, á vosotros lo deben, á vosotros os lo reconocen con justicia!

Pero estos hombres, esta literata Grecia vive en maza? reyna en sabiduria, es esclava acatando el poderío del mas fuerte? ¿cuál es su justicia? ¿olvidó en medio de su saber, que los hombres necesitan ciertos principios á que acomodar sus acciones, para que sea respetado, no solo el derecho del poderoso; sino tambien la nacion del infeliz? ¿no saben que los hombres nacidos para la sociedad, han menester reglas, que los lleven al bien obrar, por que si no los unos, parecen nacidos á la destruccion de los otros? ¡Ah! ya Dracon, Licurgo, Solón, desde el depósito del silencio, del polvo, de la nada, responden por su patria querida, asegurando, que ellos empeñaron sus tareas, conociendo la importancia del objeto, y si bien esos sus códigos tubieron graves defectos, que posteriormente conocidos se han enmendado, Señores, ¿qué sociedad, que Nacion puede levantarse orgullosa diciendo, „los cuerpos de mi derecha hélos ahí, son perfectos” ¿son perfectos? obra es esta cuya perfeccion quedó depositada, entre las llamas del monte donde legisló el Dios:

de Israel; pero los Griegos supieron con tiempo, que las leyes y su debido acatamiento, forman la columna mas segura que sostiene á las sociedades.

Los nombres excelsos de Origenes, Clemente Alexandrino, de Eusebio Atanasio, del gran Crisóstomo, basta solo oírlos para respetar la literatura eclesiástica y adorar reverentes en el Templo á la Magestad Augusta que reyna en el Cielo; Justino, Basilio, Egecipo. . . pero adonde voy,

¡Salve hijos de Grecia, salve, salve! vosotros podeis gloriaros de muchos inventos y de los progresos de aquellas luces, con cuyo conocimiento el hombre, acercandose en verdad, mas y mas á su perfectísimo Autor, parece formado, no del limo de Adán; sino de una substancia angelica, no presenta el semblante soñolento del estúpido; sino una fáz viva y como iluminada del esplendor celeste: vosotros participasteis de aquel privilegio que os dió el Autor de todo lo creado, para ser no solo sabedores de las ciencias; sino instrumento escogido con que el sabio de los sabios quiso difundirlas por el órbe todo. ¡Griegos, fuisteis grandes por vuestro saber, lo sois, lo seréis mientras duren los siglos!

Desmienta si puede la soberbia Roma: diga si el choque continuo de sus armas, el torrente de la sangre, sus numerosas conquistas, el triunfo de sus batallas, su belicoso genio complacido por el largo y dilatado tiempo de quinientos años, diga si estos blasones, si esa gloria le produjo los conocimientos científicos, que han traído la consideracion, el respeto de las gentes, el justo titulo de sábia y el distinguido lugar en que la historia del mundo la tiene colocada.

Nada menos que eso. Sangrienta y feróz por mucho tiempo la pátria de Rómulo, vino á conocer el desenfreno de sus pasiones y el exceso de sus extravios, hasta el dia feliz en que sus plantas pisaron los umbrales de los Griegos. Desde allí comienza su época literaria: desde allí á la sangrienta lanza, se prefiere el ramo de la oliva: al estrépito de la lid, la dulce y moderada voz del sabio; di rémoslo todo. El canto meliflúo del templo de Minerva, hiere deliciosamente el oído de los hijos de Pálas, vuelven como de un letargo, y si bien en sus pechos guerreros arde aún la llama del deseo de la victoria, no es ya bajo el plan desordenado de vencer destruyendo, ni menos de confundir los derechos sagrosantos de las Naciones, con solo el bárbaro objeto de extender sus triunfos y sus dominios. Gustado ya el aroma divino de la sabiduría, el que antes solo desarrollaba la fuerza de su brazo, desenvuelve hoy tam-

bien la de su razon y su ingenio: el que antes ciego y frenético por el vencimiento no contemplaba el estrago de las batallas, ni los horrores de la muerte, hoy por unos principios, que ya no ignora, procura gustoso la economía de esa sangre; por último, el que antes era solo un feróz y audáz soldado, es hoy debido á esa merced, un valeroso y entendido capitan, un prudente y discreto caudillo. No hay duda, dedicaronse los Romanos á las letras. Son grandes los Romanos.

Fué así Señores, la union de estos guerreros con los literatos Griegos produjo en su alma grande el deseo de saber lo que hasta entonces ignoraban: dedicanse á la sabiduría, posénla y salta á la palestra una nueva nacion inmortal y grande.

Cayo Vestorio, Marco Cluvio, presentan á Roma sus cartas geográficas, estudio apreciables para aquellos genios conquistadores, que intentaron llevar por el órbe todo, sus troféos: se perfecciona su estudio y con aumentos y una dedicacion constante, hacen que sus reformadores alumbrados con las luces de su siglo, dierran en cuanto era posible, el conocimiento de las distancias y las latitudes, la noticia de los encrespados montes, de los extendidos valles; de los caudalosos rios. Tulio, el inmortal Tulio con aquella elocuencia propia y tan propia de la sabiduría, habla. . . y sorprende con justicia al gran Capitólio, habla tambien á la plebe y aquel genio, aquel Romano grande por su saber, dirige sus expresiones de forma, que penetrando como el dardo aún los entendimientos mas rudos, atraviesa en ellos el inmensible poderío de la razon, dejando de por medio el puz divino, que proporciona un buen raciocinio, un recto juicio. Obstruye así, defiende con su jurisprudencia que su amada, su querida patria, ni se manche con la sangre inocente de Marcelo, ni deje de lavar las públicas ofensas con la del pérfido Catilina.

El Cesar, Cesar augusto, Julio Cesar memorable no solo por sus victorias, sino mas por la erudicion que se las proporcionára, se hace grande por su saber. Es grande el Cesar, pero abusa de este don celestial, que lo distingue entre los hijos de Roma, prefiriendo una innoble pasion que lo induce á dominar con un poder sin término á los decendientes de Rómulo: lo intenta apenas. . . cuando en el santuario de las leyes, en el respetabilísimo senado, el puñal que vació la libertad, castiga el prevaricato, rompe las entrañas del que ya no era ciudadano y ellas gustosas, vomitan la negra alma del éspota que ya no podian contener. Reyna el silencio, domina la confusion, riegame de sangre el templo de la justicia. . . pero la divinidad complacida, manifiesta así, que el hombre, en el Cesar, es

grande, mientras atiende los principios de la sabiduría y de la razón, y que se reduce á la miseria á la nada, cuando en desprecio de aquellos conocimientos se entrega al vil apetito de sus pasiones.

Camilo, Cincinato, Scipion, nombres inmortales, con veneración los mienta la preciosa, pagina de su historia, no sin motivo, como que por varias veces, su prudencia nacida del estudio y del discreto pensar en la política, dió á su patria, no solo el triunfo que ya se dudaba; sino la paz que, era perdida.

Por todo el orbe Sres. es preciso confesarlo, se han distinguido son amados, se les tributa respeto á aquellos hombres, que como olvidados de si mismos, se entregan del todo, á la noble adquisicion de los conocimientos científicos. Se goza aun la América Septentrional en la grandeza verdadera de su literato físico, del famoso Franklin, que con su estudio en sus retiros, pudo singularizar á su patria diciéndole: „Prométe al hombre, que en lo sucesivo, el rayo, ese fenómeno que lo aterra, que le presenta la muerte del instante, . . . no le tema, por que yo le enseño á desviarlo de su cabeza, á verlo con desprecio, á jugar con su movimiento.”

Bradley, Newton, Roemero, Flamsteed, Loke y tantos otros singulares Ingleses que formaron sin duda su grandeza verdadera por su estudio y sus conocimientos científicos, extendidos ya por el orbe todo. Quien desconoce la preciosa existencia de los celebres Franceses Lowille, Domat, Bosuet, Burdaloe, Fenelon, el Obispo de Hermopolis, los unos recorriendo los astros, explican sus hermosos fenómenos. Otros acláran sabiamente las leyes á las que los hombres en sociedad, deben sugetar sus acciones para vivir bien, dar á cada uno lo suyo, dañar á nadie. Otros, con la arma soberana de la elocuencia y el lenguaje de la verdad, persuaden lo evidente de la religion santa del cristiano, su dulzura, sus ciertos como sencillos principios, otros en beneficio público, despejando lo intrincado de la política, enseñan á los magistrados, que el bien estar y la felicidad de sus comitentes, es lo principal y mas sagrado de sus deberes, que la justicia impartida de un modo recto y debido es la base de su firmeza, el ejercicio mas augusto de su dignidad, que la moderacion, la dulzura y un noble proceder en todos sus actos, son los simples de que se compone la aguja, que ha de señalarles el norte mas cierto de su verdadera grandeza, de la perpetuidad de su memoria, mientras otras por último, como el famoso, el célebre el inmortal Frayssinous embiado por el cielo, no solo para hacer visible al Ser de todo lo criado, en el alto y potente vuelo del aguilá, en la delicada florecilla, en la multitud de colores que sobre la tierra presentan todas ellas, en las plateadas alas de la mariposa, en la dixer-

sidad de los peses, en las coloridas arrugas del reptil, en las brillantes y hermosas arenillas de los mares; sino muy principalmente para que con el poderío de la razón, envuelto en el lienzo hermoso de la sencillez de sus discursos, limpiara el altar sacrosanto del polvo inmundo con que lo habian ensuciado el pestilente Voltaire y sus secuaces.

Pero basta, basta por que seguir una enumeracion, sería continuar por un sendero que llevará á lo infinito, sería caminar persuadiendo una verdad conocida, creo que no solo de un corto número de hombres, sino de todo el que quiera dar un rato aunque sea pequeño á su razón. No insistamos demasiado, en todas partes, en el mundo todo cibilizado, han sido las ciencias la grandeza verdadera de los hombres, por ellas, el pequeño se ha levantado á la magnificencia, el esclavo, no solo ha merecido la distincion del que ocupa el trono; sino hasta que el pueblo mismo entre quien se confundia, procurará su imágen y la conservará para la perpetuidad de su memoria.

Jóvenes, lo habeis oído, habeis palpado ya, que vuestro estudio, vuestra dedicacion y el camino que llebais, os conducirán al templo de la inmortalidad; viven aún, nos acompañan, hablan entre nosotros y nos instruyen, esos hombres singulares del Egipto, esos sabios de la Grecia, esos literatos de la Roma, todos, todos esos entes que con su saber y con la persuacion de la verdad constituyeron su grandeza, su grandeza verdadera, mientras el sol de luz, mientras fructifique la tierra, mientras haya hombres, mientras duren los siglos.

Y V. E. Ecsmo. Sr., V. E. que tiene á su cargo el procurar la felicidad, el promover el bien público en los pueblos de su encomienda, está ya bastantemente persuadido; no por mi débil, mesquina y despreciable voz; sino antes de ahora, que la ilustracion, el cultivo y el amparo de las ciencias, son el fundamento la base mas firme sobre que puede levantarse el edificio social, V. E. tiene bien entendido que la proteccion de las letras, el empeño constante en su favor, hace que ellas se consigan y adquiridas, los hombres que las poseen, sostienen y con una fuerza invencible, los Gobiernos á que pertenecen las naciones de su origen, á quienes deben el cultivo de sus potencias y el aumento de sus luces, son el ídolo de su alma; el blanco de sus ideas, el objeto querido para quien anhelan toda clase de prosperidad, esto, sin excluir sacrificio alguno; aun el de la propia conservacion. V. E. ve, que la ilustracion forma ciudadanos; si no la hay, si no se procura, si no se aumenta,

las poblaciones se llenarán de hombres, es verdad, pero de hombres sin provecho, de hombres á quienes lo mismo guste la anarquía que el orden, la libertad que el despotismo, el desprecio, que la grandeza.

Y sabedor el Colegio, que V.E. no quiere, no anhela otra cosa que la gloria y el esplendor de su patria ¿que debe esperar, que debe prometerse? No que V.E. se haga reo de una omision, no que por un descuido se oiga en su tiempo la voz fatal, que anuncie la destruccion de un establecimiento; que por menos que se quiera, por mas que hable el charlatán y disparete el necio, coopera en gran parte á la existencia del cuerpo social; pero si su proteccion se descuida, si la ilustracion en vez de protegerse marcha á su exterminio. Yo... yo como un ciudadano libre, aseguro á V.E. que ha firmado ya la degradacion y envilecimiento de los pueblos de su cargo, y que los resultados le serán bien funestos; pero si al contrario, como debémos esperar, el gobierno la ampara, será feliz. V.E. mientras viva recibirá los mas olotosos inciensos de una gratitud sin limites, y despues de sus dias, su memoria no será escsecrada, tributaremosle todos los mas tiernos recuerdos, nuestras lagrimas regarán su sepulcro, jamas, jamas dejaremos de alabar su nombre, que transmitido de generacion en generacion, vivirá siempre entre nosotros, vivirá amado, y siendo para nuestro bien el ejemplar de sus sucesores. Si, no podrá menos, y V.E. para que se persuada mas y mas de la eficacia de esta verdad, envíe su vista, no mas hallá de los mares ni á dilatadas regiones, no, no es necesario eso, despues de su íntima conviccion, las lagrimas tiernas de los jovenes en el colegio de Guanajuato se presentan aún, en memoria del digno gefe que tanto protegió su ilustracion: consigo tienen y como una preséa el corazon de su benefactor; en memoria perpétua de tanta amabilidad, de tanto querer. V.E. vive aún, hágase el querido objeto de esta casa, sus actos benéficos, harán que la juventud de este colegio, con una voz pura entone himnos santos de gratitud, pidiendo al Todopoderoso que conserve á su amado á su querido protector. Oirá grata la divinidad y cuando V.E. satisfaga el forzoso tributo de la miséria humana ¡ha! una muerte quieta y sin las sombras del espanto, asegurará que V.E. há ido ante el trono augusto, á recibir en recompensa el ósculo divino, que selle su eterna felicidad.

Y vosotros, jovenes del colegio, alumnos que vais á ser premiados, discipulos míos quien podra veros sin amaros! vosotros, que habeis emprendido la difícil, pero muy brillante carrera de las letras, animad dia á dia vuestra constancia, no salgais jamas del tem-

plo augusto de la sabiduría, es esta una madre, ya la habeis visto, que llena de ternura, brinda con miel y sabrosos frutos á sus hijos que la siguen, y tan amable y tan generosa, que si alguno se le separa, no cesa de recordarle aquellos principios de verdadera felicidad, hasta que volviendolo á así, le estrecha en su seno, lo acaricia, lo alaga y le proporciona para su gozo todos los placeres honestos.

No os arredren las políticas convulsiones ni el estado de miséria en que se vive, ni el consiguiente retrogrado de las luces, propio es esto de la época segunda y desgraciada de las naciones. Nuestra patria se consolidará, de entre vosotros saldrán tal vez, los genios, que siembren, riegen y cultiven en el valle hermoso de la gran Tenostitlan, la sagrada simiente de la ilustracion, de la paz y de una libertad quieta y perpetua, seguid vuestras taréas, haceos grandes, alentad vuestros pechos yendo ahora á recibir el premio que os habeis grangeado con vuestro trabajo, allí está, allí se os vá á conferir en el grado que lo habeis merecido. Todo este concurso respetable va á observar en vuestras personas, pinpollos tiernos; pero que creciendo en breve como los altos cedros del Libano, seréis como ellos la hermosura de vuestra patria, y entonces, entonces comprobareis en vuestras mismas personas, que las ciencias son la grandeza verdadera de los hombres.

Por mano del Escmo. Sr. Gobernador y Comandante General de este Departamento, General de Brigada D. Julian Juvera se repartieron los premios de la manera siguiente

CATEDRA DE JURISPRUDENCIA.

- SUPRA LOCUM.**—El Br. D. Jesus María Vasquez.
Primer Premio.—Los B.B. D. Rafael Martinez. D. Prospero Cristobal Vega.
Segundo Premio.—Los B.B. D. Hilarion Noriega D. Rafael Solis.
Tercer Lugar.—Los B.B. D. Vicente Sanchez, D. Vicente Cuello, D. José Maria Barbosa D. Antonio Luna.

CÁTEDRA DE FILOSOFÍA.

SUPRA LOCUM.—D. Vicente Leyva, D. Anastasio Barsena.
Primer Premio.—D. Pedro Gutierrez, D. José M. Lara.
Segundo Premio.—D. Vicente Jayme D. José Borja.
Tercer Lugar.—D. José María Burgos, D. Miguel León, D. Antonio Aguilar, D. Ramon Perez.

GRAMÁTICA Y RETÓRICA.

SUPRA LOCUM DE RETÓRICA.—D. Pablo Coria, D. Luis García.
SUPRA LOCUM DE GRAMÁTICA.—D. José María Saldivar.
Primer Premio.—D. Francisco Arana, D. Rafael Hernández,
D. José María Arana, D. Prudencio Hurtado.
Segundo Premio.—D. Cayetano Chavez, D. Cipriano Terreros,
D. Ramon Guevara, D. Vicente Rodriguez, D. Agapito Pozo.
Tercer Lugar.—D. Susano Hurtado, D. Juan Barbosa De An-
tonio Aguirre, D. Crescencio Perez, D. Teodoro Ba-
neda y D. Gil Camacho.

MÍNIMOS Y MENORES.

Primer Premio.—D. Mariano Díaz, D. Ramon Hernandez, D. Teodoro Guevara y D. Antonio Hernandez.
Segundo Premio.—D. Ramon Balbaneda y D. Antonio Alvarez.

DIBÚJO.

Primer Premio.—D. Prudencio Hurtado.
Segundo Premio.—D. Ignacio Luna y D. Macedonio Borja.
Tercer Premio.—D. Antonio Hernandez y D. Benigno Mendoza.

Es copia de su original en el libro respectivo y al que me refiero. Querétaro Setiembre 20 de 1842.—Rafael Martinez. Srío.



